

principes de Alemania para que eligiesen rey de romanos, y propuso en particular á Enrique, landgrave de Thuringia (1). Como repugnasen los electores este paso que cerraba todo camino á la conciliacion y conociesen que este honor peligroso tenia pocos atractivos para el mismo Enrique, envió el Papa al legado Felipe Fontaine, hombre hábil y resuelto, con potestad de obligar aun con penas temporales á los señores legos á obedecer al rey que fuese elegido. Escribió también á los frailes predicadores y á los menores, empeñándolos á que se valieran del ascendiente que su virtud y su reputacion les daban sobre el espíritu de los pueblos, para atraer á los alemanes, aun con concesiones de indulgencias, á la obediencia del rey así que estuviera elegido. En fin, el día de la Ascension, 17 de mayo del año 1246, se hizo la eleccion á gusto del Pontífice, en la dieta de Hochein, cerca de Wurtzburgo, por los arzobispos de Maguncia, de Colonia, de Tréveris etc., y por algunos señores legos. Inmediatamente predicó el arzobispo de Maguncia la cruzada contra los infieles, entre los cuales comprendia á Federico, á quien su cualidad de excomulgado denunciado le ponía, segun las palabras mismas de Jesucristo, en el número de los paganos y publicanos, ó infieles. Todos los principes y nobles de esta asamblea se cruzaron. Al mismo tiempo el Papa, considerando que Federico, feudatario de la Santa Sede por el reino de Sicilia, habia violado la cláusula de fidelidad y homenaje con la guerra injusta que durante tantos años venia haciendo á su señor feudal, envió dos cardenales á Sicilia con una carta, su fecha 26 de abril de 1246, en la que á todas las clases de los ciudadanos les declara que habia depuesto á Federico con aprobacion del concilio de Lyon, y los

(1) Lib. 3, ep. 4; Rain. 1246, n. 2, 7 et 26.

exhorta á sacudir el yugo de este príncipe y á volver á la obediencia de la Iglesia romana de quien son hijos mas que los demas pueblos, á fin de que gocen de la paz y de una verdadera libertad (1).

No permaneció ocioso Federico. En tanto que él obraba en Italia, su hijo Conrado marchó á Francfort contra el rey Enrique, que habia convocado allí una dieta cerca de dos meses despues de su eleccion. Conrado se vió al principio obligado á huir, dejando algunos prisioneros de consideracion; pero habiendo reunido mayor número de tropas, al tiempo de estarse preparando la coronacion de Enrique, la que el Papa debia hacer muy solemnemente, volvió á presentarse con intrepidez, dió un combate sangriento en que la victoria, despues de haber balanceado por algun tiempo, se declaró por el partido de Conrado. Reducido el nuevo rey á la fuga, tuvo tal sentimiento de esta humillacion, que murió de pena en el discurso de la Cuaresma del año siguiente (2).

No fué menor la impresion que causó á Inocencio un revés tan súbito; pero tenia un alma mas fuerte, y su atencion solo se ocupó en repararle. Hizo salir á un tiempo cuatro legados, uno para Italia, el segundo para Alemania, otro para España, y el cuarto para los confines mas septentrionales de Europa ó la Noruega. Y para evitar en Inglaterra algunas formalidades y lentitudes embarazosas, comisionó á los frailes menores y predicadores que reemplazaban con ventaja á los legados. Además de las censuras eclesiásticas fulminadas contra todos aquellos que conservaran fidelidad alguna á Federico, ó que tuvieran tan solo alguna comunicacion con sus parciales, se llegó hasta declararlos incapaces de servir

(1) Matth. Par. p. 622.

(2) Ibid. p. 633 etc.

de testigos en juicio, y á privarlos del derecho de asilo en las iglesias (1).

Estas persecuciones precipitaron á algunos en la desesperacion y en los mas enormes atentados. Hallándose en Lyon un caballero vasallo del emperador á quien habia abandonado por estar descontento de él, Gualterio de Oere, uno de los enviados de este príncipe, le persuadió á que, para obtener mejor volver á la gracia de su amo, diese muerte al Papa, el cual solo pudo librarse de este sacrilego asesinato por la revelacion de uno de los conjurados atacado repentinamente de una enfermedad y á quien el temor de los juicios de Dios le hizo descubrir la trama. Apenas se habia salvado de este riesgo, cuando fueron sorprendidos dos nobles italianos que se preparaban á cometer igual delito, y aseguraron que cerca de otros cuarenta caballeros de una osadia á toda prueba se habian igualmente conjurado contra la vida del Papa. En el mismo año de 1247 ejerció vigorosamente el emperador su venganza en Italia contra los partidarios del Pontífice. Habiéndose estos apoderado de la ciudad de Parma, fué á sitiaria; y para manifestar su determinacion de hacer la conquista, formó de su campo una especie de ciudad, á la que dió el nombre de Victoria. Estaba tan seguro de reducirla, y se manifestó tan resuelto á tomar una terrible venganza, que no quiso recibir á los sitiados á discrecion. Entretanto estos, llevados de su desesperacion, hicieron una salida y se apoderaron de su campamento, el martes 18 de febrero de 1248. Federico, obligado á retirarse á Cremona, perdió su bagaje y su tesoro con Tadeo de Suesa, á quien habia confiado su custodia y que fué destrozado por los parmesanos. Esta derrota disminuyó mucho en Lombardia el crédito de Federico. Al año si-

(1) Ep. 113.

guiente quedó destruido su ejército por los de Bolonia, y su bastardo Enrique ó Encio que le mandaba, á quien él habia elevado al trono de Cerdeña y que en 1244 habia apresado en el mar los prelados que iban á Roma para un Concilio, fué hecho prisionero y conducido á las cárceles de Bolonia, donde permaneció hasta su muerte, acaecida en 1272 (1).

Durante este tiempo, el legado del Papa en Alemania, cardenal del titulo de San Jorge al velo de oro, hizo uso de todas sus facultades para hacer dar un sucesor al rey Enrique y un rival formidable á Federico. Por fin, formó cerca de Colonia un Concilio de los prelados que pudo reunir, y en 3 de octubre Guillermo, hermano del conde de Holanda, fué elegido rey de romanos por los tres electores eclesiásticos y por algunos señores unidos á los obispos. Este jóven príncipe, de cerca de veinte años de edad, tenia á su favor al duque de Brabante su tío, á los condes de Gueldres y de Loz, al arzobispo y ciudad de Colonia, á los arzobispos de Brema con sus sufragáneos, sin contar los obispos de Wirzburgo, de Strasbourg y de Spira (2). Federico, sin embargo, seguia siendo reconocido emperador por algunos señores poderosos de Alemania, esto es, por los duques de Sajonia y de Baviera, el marqués de Misnia, los grandes de Stiria y del Austria, de comun acuerdo con el arzobispo de Magdeburgo y los obispos de Passau y de Frisinga.

El cardenal Guillermo, obispo de Sabina, era el legado de Inocencio en Noruega. A mas de la comision de animar á los reinos del Norte contra el emperador y de sacar de ellos dinero para hacerle la guerra, estaba encargado de rehabilitar para el trono á Haquin, hijo ilegítimo del último rey de

(1) L. 83, n. 4.

(2) Ep. ap. Rain. n. 5.

Noruega. Por una carta de Inocencio á este príncipe (1) vemos que el Papa, usando de la plenitud de su potestad, le concede dispensa á efecto de ser ensalzado á la dignidad Real y de trasmitirla á sus hijos legítimos, á pesar del vicio de su propio nacimiento. Dejó Haquin estraer de su reino, para los intentos del Papa, cantidades que ascendieron á quince mil quinientos marcos de esterlinas; pero no quiso empeñarse personalmente en la guerra que se hacia al emperador. Aquel príncipe, á quien Mateo Paris pinta como un hombre sábio, modesto y literato, llevado de su horror á los enemigos del nombre cristiano, proyectaba, según la devocion de aquel tiempo, hacerles la guerra, y ya se habia cruzado con este intento.

San Luis, sabedor del designio del rey de Noruega, concibió el pensamiento de hacer con él el viage de la Tierra Santa, y de confiarle todo el gobierno de su flota, como á un príncipe universalmente respetado y muy experimentado en el mar. Escribióle al efecto una carta muy afectuosa y atenta, y para facilitar la negociacion eligió al historiador Mateo Paris, quien al talento de escritor reunia cualidades estimadas por ambos reyes. Este benedictino inglés, del monasterio de San Albano, profundo en las matemáticas y en la teología, como asimismo en la historia de su siglo, buen poeta y buen orador para aquel tiempo, versado hasta en la pintura y arquitectura, era tambien famoso por su habilidad en la expedicion de los negocios, por su probidad, por su piedad, por su observancia, la que hizo reflorcer en muchos monasterios, y mas digno aun de estimacion y de confianza, si el amor demasiado ardiente del bien y la aspereza de costumbres que se contrae algunas veces en la soledad no le hubiesen

(1) *Lib. IV, Ep. 189; Rain. 1246, num. 34.*

inclinado á la acrimonia de la censura y á todas las licencias de la sátira. El rey Haquin, habiendo leído en presencia de Paris la carta de San Luis, le dió la siguiente contestacion (1): «Doy muchas gracias á este piadoso rey, pero yo conozco algo el carácter de los franceses; es ligero y mordaz; y el natural duro del novergiano no sabe sufrir. Podrían desavenirse, y ambos sufriríamos males irreparables.» Haquin pidió únicamente la libertad de arribar en caso de necesidad á los puertos de Francia y de proveerse en ellos de viveres, lo cual le otorgó San Luis gustosamente. Sin embargo, no sabemos que el rey de Noruega saliese para la cruzada.

Nada fué bastante para mudar la resolucion de Luis. Habiendo señalado su partida para el día de San Juan del año de 1248, hizo juramento de partir, y mandó hacerlo á los otros cruzados, bajo la pena de ser reputados como enemigos públicos (2). Como la cruzada predicada contra Federico perjudicaba á la de la Tierra Santa, inclinó al Papa á no permitir que se conmutasen los votos para el viage ultramarino, ni aun dentro de la misma Alemania. Con el intento de prevenir los desórdenes que con sobrada frecuencia ocasionaban estas expediciones, hizo escluir de la proteccion de la Iglesia á los cruzados que cometieran robos, muertes, raptos ú otros excesos semejantes. Mandó que en todo el reino se hiciese un informe exacto de los perjuicios que los mercaderes ú otros particulares pudieran haber sufrido. Si á favor de su Real nombre se hubiese exigido dinero ó viveres, la parte perjudicada estaba autorizada para formar su queja; y en virtud de las pruebas ordinarias ó del juramento, se le hacia una completa restitucion. Siguiéron este bello

(1) *Mat. Par. pag. 643.*

(2) *Hist. de S. Luis, p. 22.*

ejemplo los señores que debian acompañar al rey, como nos lo manifiesta de sí mismo el señor de Joinville, quien estando para marchar mandó llamar á sus vasallos y les dijo: «voy al viage ultramarino y no sé si volveré. Así, si alguno hubiere sufrido por mi parte algun daño, hable francamente, que quiero satisfacerle.» Sobre esto se remitió Joinville al arbitraje de las gentes del pais.

Aproximándose el término prefijado por San Luis para su partida, la reina Blanca su madre y los señores del reino se esforzaron para hacerle mudar de intento. Hicieronle presente haber hecho su voto en una enfermedad grave, preocupado el cerebro y casi sin el uso de la razon; que no era difícil, fuera qual fuese su promesa, obtener la dispensa, á causa de las necesidades del reino y de la delicadeza de su salud; que en su ausencia, no solamente tendria que temer la Francia los disturbios que agitaban toda la Europa con motivo de las discordias del imperio, sino que tambien correria peligros muy particulares de parte de los ingleses envidiosos y de su artificioso monarca. La reina madre, tomando al rey por la bondad de su natural y por su piedad, le representó cuán agradable seria á Dios la deferencia á los deseos de una madre, y le exageró el daño de abandonarse á su propio parecer contra tan sábios consejos. Pero en todas estas representaciones no vió el santo rey otra cosa mas que las aprensiones sobrado vivas de la ternura maternal. Tan grande en la política como en la santidad, y tan prudente como piadoso, todo lo habia meditado maduramente: veía que el reino nada tenia que temer de parte de la Alemania, bastante ocupada en sus divisiones intestinas, en sus excomuniones y en sus guerras eclesiásticas y civiles. Por parte de Inglaterra, el carácter indeciso del rey Enrique III que

no sabia permanecer ni en paz ni en guerra, podia dar alguna inquietud; mas como este príncipe no era gran guerrero y sus empresas se habian siempre desgraciado, se desvanecia con facilidad todo temor. El riesgo mayor y casi el único que pudo temerse con razon, era en lo interior mismo del reino las facciones, las sediciones, los movimientos y las contiendas domésticas; pero como los duques de Borgña y de Bretaña, los condes de Flandes y de la Marca y todos los señores mas poderosos se habian cruzado con Luis, los promotores de la discordia y de las sublevaciones salian del reino al propio tiempo que el monarca.

No obstante, viendo que insistian principalmente sobre lo inválido de su voto, aparentó adoptar los sentimientos de aquellos que hacian valer este medio; arrancó la cruz de su manto y la envió á Guillermo de Auvernia, obispo de Paris, que se manifestaba de los mas activos en detenerle. La reina Blanca y todos los asistentes mostraron la alegría mas viva. Pero el monarca, mostrando un aire grave y resuelto, dijo volviéndose sucesivamente á los que le rodeaban: «vosotros creéis ciertamente que en este momento no tengo el espíritu enagenado; yo no estoy enfermo, y poseo toda mi razon. Ahora, pues, vuelvo á pedir la cruz, y pongo á Dios por testigo de que no entrará alimento alguno en mi cuerpo hasta que se me vuelva.» A estas palabras se mudaron en la asamblea todas las disposiciones de los ánimos: gritaron por do quiera que la voluntad de Dios no era dudosa, y nadie osó oponerse á la resolucion del rey (1). No tenia necesidad de levantar tropas, puesto que ya se habian presentado mas de las que podia desear: la dificultad solo consistia en proporcionarles su sueldo y su subsistencia en

(1) *Mat. Par. pag. 645.*

los países asolados á donde les conducía, y á los cuales era forzoso llevar al mismo tiempo la mayor parte de las cosas indispensables á la vida. Mas conocían la sabia economía del rey, su probidad rígida, su fidelidad en los menores empeños, y toda la confianza que podía tenerse en su palabra. Los arrendatarios de sus dominios, entonces ya muy considerables, le adelantaron un año de renta, y todas las grandes ciudades del reino hicieron donativos extraordinarios.

Antes de partir hizo concluir por el cardenal Eudes de Chateroux, legado de la cruzada, un negocio principiado hacia mucho tiempo y que creyó importante al bien de la Religión. Un sabio judío de la Rochela (1), convertido como unos quince años antes, denunció una multitud de errores y blasfemias contenidas en un libro que las gentes de su nación llaman Talmud; es decir, doctrina, y que es la colección de sus tradiciones. Según ellos, esta doctrina oral fué enseñada á Moisés por el mismo Dios, lo mismo que la ley escrita, y se había conservado en su memoria hasta que sus sabios la pusieron por escrito temiendo quedara sepultada en el olvido despues de la ruina de Jerusalem y la dispersion de sus moradores. Esta colección, sin embargo, á lo ménos en toda su estension que es mucho mas considerable que la de la Biblia, no puede remontarse mas allá del principio del siglo sexto. Abunda en palpables rasgos de ignorancia, de delirios impertinentes y de cuentos impios. Se encuentran allí, entre otras impiedades, la de que Dios se maldice tres veces cada noche por haber abandonado su pueblo y su templo; que ningun judío en el otro mundo padecerá mas de un año el fuego del infierno, ni otra pena alguna; y que aun los cuerpos y las almas de

(1) Ech. Summ. S. Th. vind. pag. 583.

todos los malos serán allí reducidas á polvo, á escepcion de aquellos que hayan usurpado los honores divinos, y para quienes únicamente el infierno será eterno. Estas acusaciones fueron comprobadas en los libros por doctores tan versados en la lengua hebrea, que los mismos rabinos se vieron precisados á confesarlas sin réplica. En su consecuencia el legado pronunció su sentencia; se recogieron cuantos libros de estos pudieron descubrirse en toda la Francia, y se quemaron una asombrosa multitud de ellos. Escribió el Papa á los reyes de Inglaterra, de Castilla, de Aragon, de Navarra y Portugal para empeñarlos en hacer en sus Estados iguales pesquisas.

El 12 de junio de 1248 fué San Luis á San Dionisio á recibir el Oriflama de manos del legado Eudes, volvió á oír la misa á la iglesia de Nuestra Señora, y acompañado luego de muchas procesiones hasta la abadía de San Antonio, subió á caballo en medio de las aclamaciones del pueblo (1). En su seguimiento iban la reina Margarita su esposa, los condes de Artois y de Anjou sus hermanos, el legado y una multitud de señores y de obispos. Su tercer hermano, Alfonso conde de Poitiers, permaneció en el reino hasta el año siguiente para hacer respetar la regencia de que la reina Blanca quedaba encargada, y fomentar el impulso dado á los negocios bajo esta nueva administracion. Pasó el rey por Lyon donde vió otra vez al Papa, se confesó con él, pidió la bendicion pontificia y al despedirse le dijo: «os dejo el cuidado de mi reino; prudente precaucion para el caso en que el rey de Inglaterra llegase á faltar á las promesas de fidelidad que había hecho. Por parte de Federico que acababa de ser completamente derrotado y humillado delante de Parma, nada tenía que temer el reino. Cuando San

(1) Joinv. Chron. S. Dyon. 2. Spicil. p. 813.

Luis llegó cerca de Aviñon, propusieronle algunos señores sitiase á esta ciudad que ellos llamaban guarida de maniqueos, acusando á estos de haber dado veneno al rey Luis VIII, padre del santo rey; pero él respondió que iba á vengar, no las injurias de su padre ni las suyas, sino las de Jesucristo, y continuó tranquilamente su ruta hasta Aguas-muertas, donde se embarcó el 25 del mes de agosto. Fué feliz la navegacion, y aportó el 17 de setiembre á la isla de Chipre. El rey Enrique de Lusignan, á quien el Papa había dado el reino de Jerusalem, como vacante por la condenacion de Federico, tomó la cruz con casi toda la nobleza y los prelados del pais.

Decidióse llevar la guerra al Egipto, cuyo sultan era dueño de Palestina; mas no habiendo llegado aun los buques de municiones y muchos cuerpos de tropas, difirieron la ejecucion hasta despues del invierno. Llegaron á Chipre en este intervalo embajadores tártaros, los cuales de parte de su soberano, llamado Ercalthai, presentaron al santo rey una carta escrita en lengua persa y con caracteres árabes (1). Despues de grandes cumplimientos, llenos de todo el énfasis oriental, se leía en ella lo que sigue: «Suplicamos al Todopoderoso que conceda la victoria á los reyes de la cristiandad sobre los enemigos de la cruz; y es nuestra voluntad que todos los cristianos, rogando por nosotros, disfruten de sus favores con seguridad y con plena libertad. Tal es el buen deseo de Kiocai, rey de la tierra.»

Este Kiocai era Caiouc-can, nieto y sucesor del famoso Genghis-can, fundador del imperio de los tártaros mogoles, el mas poderoso que existiera nunca en el mundo. Se extendía su dominio por el Norte del Asia, desde la China hasta las fronteras de la Ru-

(1) Tom. 7 Spicil. pag. 223; Duchesn. pag. 248.

B. del C., tomo XVIII.—V.—HISTORIA ECLESIASTICA.—Tomo III,

sia y de la Polonia, y al Mediodia hasta los Estados de los califas que los tártaros conquistaron el año 1258 de Mostuzem, cuya ruina acarreó la estincion del califato. Luego penetraron en la Siria y en el Asia menor hasta el Bósforo de Constantinopla. En tiempo del mismo Genghis-can habían adquirido alguna tintura del cristianismo en el imperio de Thogrul-onk, Kan de los tártaros keraitas, sacerdote cristiano de la secta nestoriana, y célebre en nuestras antiguas historias bajo el nombre de Preste Juan. Su envidia del poder musulman los inclinaba poderosamente á favor de los cristianos, enemigos suyos irreconciliables.

Tanto por estas lisonjeras esperanzas, cuanto por poner un término á las desolaciones que habían causado ya en el norte de Europa, les envió el Papa en el año 1245 algunos misioneros franciscanos con cartas dirigidas á Caiouc-can (1). Estos religiosos que llevaban por gefe á fray Juan de Plan-carpin, tomaron su ruta por la Rusia, donde fueron bien acogidos del duque Basilico, á quien exhortaron no sin fruto á reunirse á la Iglesia romana. Mas la consumacion de esta buena obra, en la que quisieron proceder con madurez, no tuvo lugar hasta la vuelta de estos misioneros. Esto no obstante, Basilico los hizo escoltar hasta Kiovia, métrópoli de Rusia, por temor de los lituanos tan fieros y mucho mas temibles que los tártaros. Libráronse de este peligro, y el 23 de febrero de 1245 llegaron á la primera guardia avanzada de los mogoles. Los detuvieron y preguntaron de dónde venían y qué asunto los llevaba al pais de los vencedores del mundo. Ellos contestaron: «nosotros somos ministros del Papa, Padre y Señor de los cristianos: él nos envia al rey, á los principes y á toda la nacion de los

(1) Vading. ann. 1247, num. 3; Vincent. Spic. hist. lib. 31; Berger, cap. 9.